

EL CANTO ESPIRITUAL DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

FERNANDO JIMÉNEZ HERNÁNDEZ PINZÓN
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Hay un proverbio latino –un apotegma– que, refiriéndose a una palabra, y al concepto que con ella se significa y se expresa dice que:

Nihil potest dici brevius, que no hay nada que se puede decir de un modo más breve

Nec audiri laetius, ni que se escuche con mayor regocijo,

Nec intelligi gratius, ni que se entienda con más agrado

Nec agi fructuosius, ni que produzca más fruto... que esta palabra que yo voy a dirigir ahora, de todo corazón, a la Real Academia de Córdoba que tan generosamente me ha acogido, a sus miembros, a su Director D. Joaquín Criado que con D. Ángel Fernández Dueñas y con D. Antonio Arjona Castro me promovieron, a D. Rafael Mir Jordano por sus agradables palabras de presentación... Y a la ciudad de Córdoba que me ha llevado durante 35 años en su cálido vientre donde se han ido engendrando, sucesivamente, diacrónicamente y sincrónicamente, culturas tan acendradas...

La palabra es, sencillamente, GRACIAS.

Exmo. Sr. Director de la Real Academia, Ilmos. señores académicos, señoras y señores asistentes, queridos amigos todos:

Corresponsal por Moguer, como me habéis designado y acogido, me siento obligado a tornar mi mirada y señalaros el rostro adusto y franciscano del moguerense universal Juan Ramón Jiménez.

Y no le aplico sólo el epíteto de “franciscano” por su efigie ascética y barbada, sino porque así se le describió, de algún modo, a la Academia Sueca, en la propuesta de la Universidad de Maryland para la concesión del premio Nobel (del que precisamente este año celebramos el 50 aniversario): “Platero y Yo –escribieron-, considerado como el mejor poema en prosa escrito jamás en lengua castellana, no es una obra extraordinaria por su perfección literaria, sino también por la construcción idealizada que el poeta nos hace de la vida, en la que muestra su comprensión y ternura más humana hacia los menos capaces y menos afortunados miembros de la creación, sean un hombre o un animal, un insecto o una hoja de hierba...”

Pero no es precisamente con el “poverello” San Francisco, hermano, como él, del sol, de las estrellas, de las aves o de las orugas..., con quien hoy lo quiero confrontar al poeta Juan Ramón, sino con otro Santo místico español, poeta universal único, San Juan de la Cruz, por cuyo itinerario espiritual”, su camino de *elevación* o *interiorización* mística (que concuerdan en él los dos extremos, o *alto* y lo *profundo*), también Juan Ramón caminó, “*Buscando mis amores / iré por esos montes y riberas / ni cogeré las flores / ni temeré a las fieras / y pasaré los fuertes y fronteras...*” y cuyo Cántico espiritual, tantas veces, casi al unísono, también Juan Ramón entonó.

Y lo estoy diciendo así, entre otras razones, porque todavía resuenan en mis oídos, de tantas veces como la escuché en mi adolescencia, desde un viejo disco de los de “La voz de su amo”, la misma voz de Juan Ramón –su voz sonora, subyugante, aterciopelada y profunda- desgranando, una a una, pausadamente, las estrofas del *Cántico Espiritual* de San Juan de la Cruz. “*Oh, bosques y espesuras / plantados por la mano del Amado / Oh, prados de verduras / de flores esmaltados, / decid si por vosotros ha pasado*” ... Y en cuántos versos de Juan Ramón se perciben ecos y sones del alma poética del místico español Juan de la Cruz: su libro *La soledad sonora*, sus *Sonetos espirituales*... Que así lo recoge la Academia Sueca, en el documento de la concesión del Premio Nobel, declarado que “la poesía lírica de Juan Ramón Jiménez constituye un ejemplo en lengua española de pureza artística y de alta espiritualidad”. Y así lo contempló también el escritor poeta Vicente Valero cuando escribió que “dentro del mar de la poesía española, Juan Ramón es una isla que conecta con otra isla que es San Juan de la Cruz”.

El *Cántico Espiritual* de San Juan de la Cruz es la crónica de un itinerario, de un proceso, de un “drama” (que esta palabra “drama” de etimología griega significa eso: recorrido de un camino), a la búsqueda de su “presa”, “*le di a la caza alcance*”, a la búsqueda de sus amores, “*¿Adónde te escondiste, Amado...?*”, al encuentro definitivo y álgido de su Dios.

“Tras de un amoroso lance / y no de esperanza falto, / volé tan alto, tan alto, / que le di a la caza alcance.” (...) Para que yo alcance diese / a aqueste lance divino / tanto volar me convino / que de vista me perdiese; / y con todo, en este trance, / en el vuelo quedé falto; / más el amor fue tan alto / que le di a la caza alcance.” (“Coplas a lo divino”)

En ese recorrido, que es poético, espiritual y místico, tal como se describe en el *Cántico espiritual*, yo distingo tres etapas:

En la primera etapa, el anhelante poeta descubre las huellas de Dios mirando a su alrededor todas las cosas de la naturaleza que revelan su presencia, porque están vestidas de su propia hermosura: “*Mil gracias derramando, / pasó por estos sotos con presura, / y, yéndolos mirando, / con sola su figura / vestidos los dejó de su hermosura*”

En esta búsqueda ansiosa, va el poeta encontrando los rastros Dios, las huella que *el Amado*, ha ido dejando en sus creaciones.

“*Y todos cuantos vagan / de ti me van mil gracias refiriendo, / y todos más me llagan, / déjame muriendo / un no sé qué que quedan balbuciendo*”.

Todas las cosas que encuentra en su camino son el reflejo dorado de su Dios, son como las huellas de una pisada secreta y misteriosa, que encienden en el poeta la herida punzante, dolorosa, dolorosamente suspirante, de su ausencia.

“Descubre tu presencia / y máteme tu vista y hermosura. / Mira que la dolencia de amor / que no se cura / sino con la presencia y la figura.”

En la segunda etapa se encuentra no ya con las huellas de su amado, sino con el mismo rostro de Dios, presente ante sus propios ojos... Tal como él se lo había rogado al agua de la fuente:

“*¿Oh, cristalina fuente, / si en esos tus semblantes plateados / formases de repente / el rostro deseado / que tengo en mis entrañas dibujado!*” ...

Y se produce el milagro rutilante: Dios está allí, presente y total, como la fuente y el río, como las altas montañas, como la música sibilante del aire, como la soledad sose-

gada y mágica que lo envuelve... Esta ahí, junto a cada uno de los elementos de ese paisaje que el poeta percibe y que sus ojos contemplan extasiados:

“Mi amado, las montañas, / los valles solitarios nemorosos, / las ínsulas extrañas, / los ríos sonoros, / el silbo de los aires amoroso. / La noche sosegada / en par de los levantes de la aurora, / la música callada, / la soledad sonora, / la cena que recrea y enamora”.

Allí está Dios, presente a sus ojos, lo mismo que lo están todas las demás cosas creadas. Es el encuentro en plenitud con el Amado, la levitación ingrave del espíritu, el éxtasis místico total, condensado en esta estrofa donde no existen verbos de acción y movimiento, sino sólo sustantivos de presencia y adjetivos de contemplación extática.

En una tercera etapa, ya se ha identificado, tanto, tan ardientemente, el caminante con su Amado, ha penetrado tan hondamente en Él, que allí, en la *interior bodega del Amado*, donde se beben los vinos puros que embriagan el alma, en esa interioridad mística y definitiva, va descubriendo y dándole el nuevo sentido a todas las cosas:

“En la interior bodega / de mi Amado bebí, y cuando salía / por toda aquesta vega / ya cosa no sabía, / y el ganado perdí que antes seguía”.

Se ha producido la *metanoia*, el cambio mental en el modo de ver y considerar las cosas que encuentra en su camino existencial. Ya puede descansar el alma del peregrino, tras el cansancio de tan larga búsqueda:

“Entrado se ha la Esposa / en el ameno huerto deseado, / y a su sabor reposa / el cuello reclinado / sobre los dulces brazos del Amado”.

No es ya que las cosas de la Naturaleza creada reflejen como con luz de plata, las huellas del paso de su Amado, sino que todas las cosas creadas no son más que el reflejo, la estela dorada de su Belleza transcendente:

“Gocémonos, Amado, / y vámonos a ver, en tu hermosura, / al monte y el collado, / do mana el agua pura. / Entremos más adentro en la espesura”.

En esta tercera etapa del camino espiritual, ya “dentro en la espesura de Dios”, sólo lo ve a Él, Totalidad absoluta, y en Él, en su “hermosura”, se van reflejando todas las demás cosas del universo, como el reflejo de las paredes de aquella caverna mítica de Platón.

Hasta aquí ha sido mi descripción somera del proceso espiritual y místico, en tres etapas, por los caminos de polvo —de polvo de estrellas— de San Juan de la Cruz.

Ahora, entrando *más adentro, en la espesura* de la Obra de Juan Ramón Jiménez, quisiera expresar que en su alma de plata lírica y exquisita, en su propio “camino espiritual”, en su anhelante itinerario mental, iluminado y guiado por el candil de la palabra, él va buscando, también por etapas, a su dios poético que es la Belleza Total. Así es el flujo existencial del paso por la vida del poeta Juan Ramón, que él mismo define como un “continuo y total perseguir a la belleza”: “*Corro ciego tras ella / la medio cojo aquí y allá. / Sólo queda en mi mano / la forma de su huída...*” así sollozaba en sus comienzos...

La Belleza: la que él, con su palabra, va descubriendo paulatinamente en todo lo

que ve y encuentra, hasta llegar a encontrársela dentro, en su propio interior balbuciente, en los fondos deseantes de sí mismo, y hasta encontrarse con ella, con la Belleza desnuda, y a confundirse con ella y con Dios, allí en los adentros del alma, en su “interior bodega” espiritual y lírica:

“Dios del venir, te siento entre mis manos, / aquí estás enredado conmigo en lucha hermosa / de amor, lo mismo / que un fuego con su aire”.
(*Dios deseado y deseante*)

También, en el proceso espiritual de Juan Ramón, como en el de San Juan de la Cruz, voy a distinguir tres etapas sucesivas y encadenadas:

En una primera etapa, Juan Ramón va recorriendo su camino terrenal como un pintor que se ocupa de ir plasmando con palabras, como con pinceles y colores, la belleza del paisaje y de todo lo que a su paso contempla, por los senderos floridos de su pueblo, así como las emociones románticas, y las sensaciones visuales, olfativas, auditivas, que en él se despiertan, como acompasadas a veces con la dulcísima melancolía musical de un Nocturno de Chopin:

“Viene una música lánguida, / no sé de dónde, en el aire. / La luna, la dulce luna, / tiñe de blanco los árboles, / y, entre las ramas, la fuente, / alza su hilo de diamante. / En silencio, las estrellas / tiemblan; lejos, el paisaje / mueve luces melancólicas, / ladridos y largos ayes. / Otro reló da la una. / Desvela mirar el parque / lleno de almas, a la música / triste, que viene del aire.”
(*“Arias tristes”*)

Hay reacciones anímicas asociadas a sensaciones olfativas:

“Tristeza dulce del campo, / la tarde viene cayendo, / de las praderas segadas / llega un suave olor a heno. / Los pinares se han dormido. / Sobre la colina, el cielo / es tiernamente violeta. / Canta un ruiseñor despierto.” (*Pastorales*).

O efluvios gustativos en la descripción contemplativa de un paisaje:

“Dice el verdón no sé qué cosa... / Mi alma se va por los caminos... / ¡Mar de la tarde, mar de rosa; / qué dulce estás entre los pinos!” (*“Baladas de Primavera”*).

O en otro momento, plasmará sus sensaciones visuales con pinceladas de inspiración *modernista* o, quizás, *impresionista*, como en estos versos de *Jardines lejanos*:

“...El sendero; Sobre el cielo / de los parques encantados / la arboleda está amarilla / frente al oro del ocaso”. (Parece la descripción de un cuadro impresionista: el sol de oro del poniente, la arboleda amarilla, en el ámbito encantadoramente iluminado del parque... cual si lo hubiera plasmado con sus pinceles el propio Van Gogh.)

Pero, mientras su alma “se va por los caminos”, llegará otro momento, una segunda etapa, en el que ya no buscará descubrir la Belleza de los paisajes ni de las cosas que contempla exteriores a sí mismo, porque la Belleza, la hermosura la encuentra dentro de él, con todos sus matices y colores, por entre los hondos senderos de su alma:

“Y al mirar aquel oro, junto al pinar sombrío / me he acordado de mí, tan dulce-mente, / que era más dulce el pensamiento mío / que toda la dulzura del poniente. / Oh dulzura del oro, campo verde / corazón con esquilas, humo en calma... / No hay en la vida nada que recuerde / estos dulces ocasos de mi alma...”

La belleza está en él: bulle dorada, roja, malva y amarilla... dentro de él mismo, en la interior gruta encantada de su propia alma. Y es porque la Belleza es la palabra y con cada palabra, que brota como una fuente de su interior profundo, él crea la Belleza, la recrea, y en ella, en la palabra, fluyente de su fontana interior (*“que bien sé yo la fonte que mana y corre / aunque es de noche...”* musitaba San Juan de la Cruz), en el fluir fluvial de su propia palabra se recrea a sí mismo y al mundo, a este mundo subjetivo y personal, que, como él mismo le dice a su dios, *“yo por ti y para ti he creado”* (*Dios deseado y deseante*).

“Eres dios de lo hermoso conseguido, / conciencia mía de lo hermoso” ... /

“Eres la gracia libre, / la gloria del gustar, la eterna simpatía, / el gozo del temblor, la iluminaria / del clariver, el fondo del amor, / el horizonte que no quita nada, / la transparencia, dios, la transparencia, / el uno al fin, dios ahora sólito / en lo uno mío, en el mundo que yo por ti / y para ti he creado”.

Ya el poeta Juan Ramón no tendrá que buscar a Dios por los floridos senderos terrenales, porque él mismo es el *“Dios deseado”*, al mismo tiempo que, también él mismo, puro anhelo creador, es el *“Dios deseante”* Dios deseado y deseante. Un fenómeno de identificación mística y metafísica, análogo al del inefable San Juan de la Cruz en aquella estrofa de sus *Canciones del alma*:

“¡Oh, noche que guiaste, / oh noche amable más que la alborada: / oh noche que juntaste / amado con amada, / amada en el Amado transformada!”

Es, como vengo diciendo, ese anhelante itinerario mental-espiritual juanramoniano un proceso de interiorización, de introyección, desde una poesía que empieza siendo colorista, brillante como “la luz rubia de la luna de oro”, sensorial, descriptiva, de plástica *romántica* o *modernista* o *impresionista*, pasando por una etapa de *subjetivismo* simbólico, hasta llegar a una poesía depurada de ornatos, conceptual, cincelada al máximo, esencial, persiguiendo apresurada, como en aquel *“entremos más adentro en la espesura”*, hasta profundizar en el hallazgo pleno, absoluto, totalizante consigo mismo, con su propia alma iluminada por adentro, en condensación con la Belleza, que ya está en su interior, brillando polifacética como un diamante, y que es la esencia primal de la cosas. Es decir, hasta el hallazgo definitivo de Dios, hecho palabra, tal como se describe en el texto neoplatónico de San Juan: *“En el principio existía la Palabra. Y la Palabra estaba en Dios, y la Palabra era Dios. Y por la Palabra todo fue hecho. Y la Palabra habitó dentro de nosotros.”*

Es a partir de sus libros *Diario de un poeta recién casado*, *Eternidades*, *Piedra y Cielo*,... cuando Juan Ramón, ya no intenta deleitar con la *palabra* poética, ya no emplea la palabra para describir o para transmitir sensaciones de luz, de color y de armonía. Sino que concretiza, en el foco luminoso de cada palabra, la luz irradiante de la inteligencia para iluminar todas las cosas, y la Belleza que hay en ellas, para descubrirla, descubrir la Belleza, y recrearla, volverla a crear desde sí mismo, en la interior bodega de sí mismo, desde las emanaciones embriagadoras y puras de su alma:

“¡Inteligencia, dame / el nombre exacto de las cosas!. / ...Que mi palabra sea / la cosa misma, / creada por mi alma nuevamente. / Que por mi vayan todos / los que no las conocen, a las cosas; / que por mi vayan todos / los que ya las olvidan, a las cosas; / que por mi vayan todos / los mismos que las aman, a las cosas.../ ¡Inteligencia, dame / el nombre exacto, y tuyo, / y suyo, y mío, de las cosas!” (“Eternidades”)

Y así es como llega, en su camino espiritual, a esa cima de la más alta montaña donde, como piensa el filósofo Heidegger, habitan cercanos el poeta y el filósofo. El filósofo-amador de la Sabiduría, la Sabiduría que es también Totalidad, Belleza, Esencia de las cosas: los atributos escolásticos que conforman el concepto de Dios. La poesía se convierte entonces en metafísica, y en Trascendencia, allí, en la cima de la alta montaña, donde el filósofo y el poeta se hermanan. Totalidad, es el mejor concepto definidor del objetivo poético de la búsqueda y del encuentro existencial de Juan Ramón Jiménez. La Totalidad.

Quiero rememorar un soneto de ese libro suyo, fraterno con el alma mística de Juan de la Cruz, que se titula “*Sonetos espirituales*”, preludio de esa nueva etapa de su camino que empezará con *Diario de un poeta recién casado*. Así dicen los cuartetos de ese soneto: “*Como en el ala el infinito vuelo, / cual en la flor está la esencia errante, / lo mismo que en la llama el caminante / fulgor y en el azul el solo cielo...Como en la melodía está el consuelo / y el frescor en el chorro penetrante / y la dureza noble en el diamante.../ así en mi carne está el total anhelo*”.....

Dios deseante, totalidad: ala y vuelo, flor y aroma, llama y fulgor, melodía y consuelo del alma, frescor de agua para el sediento, diamante de nobleza,...Totalidad, Dios deseado, y puro anhelo al mismo tiempo, Dios perpetuamente deseante...

Es para Juan Ramón, el *Total anhelo*, el impulso primario y creador del que ya es Dios, , así se ve a sí mismo, se autopercibe, *dios deseante*, Dios anhelo, porque aunque ya lo tiene todo, apresado en la palabra, todavía es palabra balbuciente, deseante, anhelante de Palabra en plenitud, de Totalidad, de Belleza Infinita, la interiorización plena del que es total y eterno *Dios deseado*.

En *Diario de un poeta recién casado* es donde descubre que la verdadera realidad de las cosas no está en la esencia cambiante de las mismas, como las olas del mar, que son puro balbuceo. Así le canta a su madre, símbolo también de plenitud primigenia y de totalidad, indiscutida diosa de su infancia, que “*Te digo al volver, madre, que tú eres como el mar: que aunque las olas de los años se cambien y te muden, siempre es igual tu sitio al paso de mi alma.*” La esencia de las cosas está en la interiorización de ellas dentro de su alma de poeta:

“*Eternidad, belleza / sola, ¡si yo pudiese, / en tu corazón único, cantarte, / igual que tú me cantas en el mío, / las tardes claras de alegría en paz! / ¡Si en tus éxtasis últimos, / tú me sintieras dentro, / embriagándote toda, / como me embriagas todo tú! / ¡Si yo fuese –inefable-, / olor, frescura, música, revuelo / en la infinita primavera pura / de tu interior totalidad sin fin / (“Piedra y cielo”).*”

Este afán de conseguir la totalidad, la plenitud, lo eterno, lo infinito, va adelgazando su poesía, despojándola de ornatos -“*Y se quitó la túnica, y apareció desnuda toda...*”-, purificándola con su fuego interior -“*Oh, llama de amor viva / que tiernamente hieres / de mi alma en su más profundo centro...*”, como diría con San Juan de la Cruz- haciendo su verso cada vez más conceptual, más acrisolado, más exacto, más puro y esencial, utilizando paulatinamente un lenguaje cada vez más abstracto, filosófico y místico:

“*Que nada me invada de fuera, / que sólo me escuche yo dentro. / Yo dios de mi pecho. / (Yo todo: poniente y aurora; / amor, amistad, vida y sueño. / / Yo solo / universo). / Pasad, no penséis en mi vida, / dejadme sumido y esbelto. / Yo uno / en mi centro*”. (“Estación total”).

Vengo insistiendo en que el concepto clave es el de Totalidad. Totalidad que, como he señalado, experimenta en su viaje de bodas, poeta y mar, poeta, amor y mar... Mar que representa y realiza, como un sacramento eclesial, *lo que es*, en plenitud, en pleamar, y al mismo tiempo *lo que pasa*, lo que termina, como las olas que fenecen sobre la arena, y la plenitud interminable otra vez en pleamar, y la infinitud...y las olas que vuelven, pasajeras, desfallecidas...”*Tus olas van como mis pensamientos, / y vienen, van y vienen, / besándose, apartándose / en un eterno conocerse, mar, y desconocerse. / Eres tú, y no lo sabes. / Tu corazón te late, y no lo sientes... ¡Qué plenitud de soledad, mar solo!*”.

Quiero recordar aquella exclamación extasiada, en la última etapa del camino, cuando ya es *Dios deseado y deseante: La transparencia, Dios, la transparencia*. El poeta transparentándose- *Dios transparencia*, en una transparente Totalidad, “*para hacerme sentir que yo era tú, / para hacerme gozar que tú eras yo...*” (*Animal de fondo*)

Es ya la última etapa de su camino espiritual, peregrinaje místico: Juan Ramón ya no busca, porque no tiene nada que hallar, ni busca ya la Belleza, ni busca a Dios: porque ya lo posee todo, ya lo ve intuitivamente, lo ha encontrado en su interior: se le transparenta. “*¡No estás en ti, belleza innúmera, / que con tu fin me tientes, / infinita, a un sin fin de deleites! / Estás en mí, que te penetro hasta el fondo / anhelando, cada instante, traspasar / los nadires más ocultos. / ¡Estás en mí, que tengo / en mi pecho la aurora / y en mi espalda el poniente / quemándome, transparentándome / en una sola llama!*” ...

La palabra no es ya instrumento, ni medio para expresar nada. La Palabra no es el medio: la palabra es el fin; no es el instrumento: es la obra acabada. La palabra lo es todo: como el Logos. El fin y el principio, el alfa y la omega. “*En el principio existía la Palabra. Y la Palabra era Dios. Y por la Palabra se creó todo lo que ha sido hecho*”.

Juan Ramón ya no utiliza la Palabra para hacer belleza, porque la Palabra, que está en él, es la concentración calidoscópica que transparenta toda la Belleza. “*¡Palabra, cáliz único, / único pecho, urna sola, / el olor de una rosa / es en ti el de todas las rosas, / la voz de una mujer, / la voz de todas las mujeres, / el de una luz, el de las luces todas; / palabra, eterno olor, eterna luz, / música eterna!*” Así cantó Juan Ramón a la palabra pura, original, metafísica, total y trascendente de la que ya está, definitivamente, divinamente, transcendido...

En la Palabra descubrió el caminante, el peregrino de la Belleza, la totalidad buscada. “*Et Verbum erat Deus*”. La Palabra era Dios. Y está en él, y él, el poeta, la crea. Él, el poeta, es el Dios deseado y, al mismo tiempo, insaciablemente deseante: Limitación y plenitud, todo el saber y la ignorancia toda, como se autodefine en el poema “*Espacio*”, la fuerza invencible y la debilidad mortal. “*Los dioses* -proclama en el mismo poema- *no tuvieron otra sustancia que la que tengo yo*”.

He comenzado diciendo que el *camino espiritual* de Juan Ramón no es como el de San Juan de la Cruz para encontrar al Amado, “*en la interior bodega*”, a Dios. Sino para encontrarse a sí mismo, y en la palabra y por la palabra, que habita en su interior, encontrar la Totalidad, que es Dios. En ese itinerario espiritual /mental buscando la Belleza, primero la ve en las cosas y la *describe* con su palabra. Su palabra será espejo que refleja la belleza que está en las cosas.

En una segunda etapa, el poeta se *proyecta* en las cosas, ve su alma en las cosas “*que tristes están los árboles...*” (exclama mirando el campo atardecido), tristes como su propia alma que en ellos se proyecta, ve también, sobre todo, su alma proyectándose en el mar, plenitud en movimiento, fundiéndose en la Totalidad exterior.

Siguiendo su proceso, entrando más adentro en la espesura, en la tercera etapa de su itinerario espiritual, pasará de la *proyección* a la *introyección*: empezará a ver las cosas dentro de su alma, en su interior profundo:

“De pronto, me dilata/ mi idea,/y me hace mayor que el universo.

Entonces, todo se me queda dentro: Estrellas duras, hondos mares, ideas de otros, tierras vírgenes, son mi alma”. (“Piedra y cielo”)

La Totalidad está en él: allí en esa interior bodega que descubriera su poeta hermano Juan de la Cruz, de donde brota embriagadora la Palabra. Porque la Palabra es él y él es Belleza: y él es Dios. Porque en el principio, lo primero fue la Palabra. Y la Palabra estaba en Dios y la Palabra era Dios. Y por Él, que es la Palabra, se hizo todo lo que ha sido hecho. Y la Palabra, que es Dios, tomó cuerpo. Y habitó en el corazón del poeta.

Cuando comencé a desenterrar estas ideas, para ararlas y laborarlas, pensé que el título de discurso podría ser: *Juan Ramón Jiménez, un dios desconocido*. Con una inflexión amarga. La que me produce constatar el escaso reconocimiento que se le concede, en comparación a la popularidad que se le prodiga a otros poetas coetáneos, García Lorca, Machado, Alberti, Cernuda..., quienes siempre le admiraron y hasta veneraron y que, a pesar de algunos anecdóticos conflictos interpersonales, nunca le negaron su real maestría.

Habrà que aceptar que a Juan Ramón le toca, sea como privilegio o como condena, o quizás porque él mismo así lo quiso y así lo pregonó, ser el poeta de “*la inmensa minoría*”de esta inmensa minoría que hoy se reúne aquí, en la Real Academia de Córdoba, a quienes expreso, en representación de él y de toda mi familia, nuestro mayor AGRADECIMIENTO.